BIBLIOTECA LIGERA

PARA USO

DE TODO EL MUNDO

POR

F. S. y S.

XLVII

¡Las fiestas! ¡Las fiestas!

¡LAS FIESTAS! ¡LAS FIESTAS!

Las fiestas! ¡Las fiestas! Este es el grito de los católicos en Italia, en Bélgica, en Francia, y también por suerte en nuestra España. ¡Las fiestas! ¡La observancia de las fiestas! Diríase que por instinto se ha visto en esta sola palabra todo un programa de regeneración social y un preservativo de grandes catástrofes. En la angustiosa intranquilidad en que nos hallamos, en presencia de la disolución y de la anarquía que nos rodea, ante el pavoroso abismo al cual nos sentimos sin cesar empujados, una voz misteriosa

parece haber hablado á nuestros oídos esta sola palabra: ¡Las fiestas!

Sí, y con muchísima razón.

Porque ¿qué son las fiestas cristianas? Son á la vez un tributo que pagamos á la gloria de Dios y á la dignidad del hombre. A la gloria de Dios, en cuanto son días destinados para su culto; á la dignidad del hombre, en cuanto son días destinados para su descanso.

¡Y cabalmente los dos grandes males sociales de nuestra época son de una parte el desconocimiento de la gloria de Dios, y por otra el desconocimiento de la verdadera dignidad humana!

Nadie apenas observa el día del Señor. Ningún oficio ni profesión ha querido quedarse atrás en ese desprecio universal de la honra divina. El comerciante en grande abre su despacho, embala sus géneros y hace sus

envíos en domingo como en otro día cualquiera; el tendero lo aguarda con especialidad para medir y cortar más varas de tela; el fabricante obliga á muchos de sus dependientes á asistir al taller hasta el medio día de la fiesta; el labrador cava en él, y siembra, y siega, y trilla sin el menor remordimiento. Hasta la tarde apenas varía la fisonomía de nuestras grandes poblaciones. Por la tarde cesa el trabajo, pero empieza la diversión. ¿Dónde está, pues, el día de Dios? ¿En qué ha venido á parar la fiesta cristiana?

Espantosa es esta profanación pública, pero lo es más por la indiferencia y hasta por la complacencia con que se hacen reos de ella muchos católicos. Son católicos, sí, señor, y pisotean á sangre fría uno de los más severos preceptos del Catolicismo. Diríase que son católicos todos los días menos el

domingo, como si para este día santo reservasen sus más escandalosos alardes de impiedad. Son católicos, y se horrorizarán de una blasfemia que salga de los labios de sus dependientes, mientras consienten ú ordenan esotra blasfemia práctica cada domingo.

El descanso del día festivo, tan severamente mandado por la Religión, tiene el fin principal de que se destine completo á Dios un día de la semana para su glorificación y alabanza. Pero este fin incluye á la vez otro que es de dignidad para el hombre, es decir, el de que se destine un día para el espíritu inmortal, así como los seis restantes están destinados á la materia perecedera. A nadie cabrá duda alguna sobre la importancia del primero de estos dos fines. Dios tenía derecho á exigir un día para sí: lo exigió; es preciso cedérselo. Quien se lo niega, ó desco-

noce la absoluta soberanía de Dios sobre sus criaturas, ó desconoce el deber que tienen éstas de respetar y obedecer esta soberanía. Por esto el día festivo se llama día del Señor; es día suyo, y nadie puede quitárselo sin hacerse reo de robo sacrílego.

Por lo que toca al segundo, no hallaré yo tan bien dispuestos á algunos de mis lectores. Decirles que la observancia del día festivo es cuestión de gloria para Dios, lo concederán sin dificultad; que sea, empero, también cuestión de dignidad para el hombre, no les parecerá tan convincente. Voy á demostrárselo.

Observad una cosa. El trabajo humano, moderado y convenientemente distribuído, eleva al hombre, da robustez á su cuerpo y jovialidad á su espíritu; le libra del contagio de los vicios inherentes á la ociosidad; le hace más

llevadera y más alegre la vida; le distrae de enojosos pensamientos. De suerte que el trabajo no sólo es indispensable para vivir, sino que lo es más aún para vivir felizmente. Pero si esto sucede con el trabajo moderado y convenientemente distribuido, sucede al revés con el trabajo exagerado y sin interrupción. Si aquél eleva, éste embrutece; si aquél serena el corazón, éste le oprime; si aquél moraliza, éste hace olvidar todos los deberes. Mirad á estos infelices á quienes una ciega codicia hace traspasar las leyes de la moderación en este punto. Sin afecciones de patria ni de familia, sin acto alguno religioso, sin gozo alguno que endulce su vida, sin expansión y sin alegría, siempre el rostro pegado al terrón, ó á la máquina, ó á la herramienta, verdaderas bestias reducidas tan sólo á trabajar y comer, indiferentes

á todo lo que no sea ganar algunos reales más; se les ve ásperos en su trato, huraños en su fisonomía, duros si han de mandar, rebeldes si han de obedecer, materializados, esclavos infelices á quienes sólo el color del rostro distingue de los negros que viven en esta miserable condición.

Y si esto tuvo importancia en todo tiempo, ¿cuánto más la tiene en los actuales? Los adelantos de las artes han perfeccionado por una parte el trabajo humano, haciéndolo mas fácil y menos pesado; pero por otra le han dado un carácter tan mecánico, por decirlo asi, tan poco personal, que el hombre, en una porción de industrias, apenas viene á ser más que una parte integrante de la máquina á la cual está adherido. Hay aquí menos empleo de fuerzas, es verdad, y esto es muy plausible; pero hay también menos empleo

de inteligencia, y esto es menos noble. Razón de más para que se interrumpan de vez en cuando tales trabajos, y se permita al cuerpo un descanso que dé lugar á las elevadas ocupaciones del espíritu.

Por esta razón los que sacrifican el día festivo en aras de su codicia, obligando á sus trabajadores ó dependientes al trabajo prohibido por la Iglesia, son culpables, no sólo de crimen de lesa honra divina, sino también de crimen de lesa humanidad. No, mil veces no. Al hombre puede pagársele con un jornal convenido el esfuerzo de sus brazos ó el sudor de su frente, pero no puede exigírsele que venda por unos miserables reales la dignidad de su alma y su nobleza de hombre racional. Esta es la vil explotación del hombre contra la cual debiera clamar todo el día los que se llaman amigos de las

clases obreras; esta es la voz que debiera hacerse oir en todos los tonos á los amos de tiendas y talleres; ésta es la que debiera ser base y fundamento de una Internacional católica que pusiese coto á tan negra tiranía. No es lícito explotar de este modo al pobre, ultrajando al mismo tiempo á Dios. El día festivo debe ser día inviolable.

He soltado una palabra atrevida que habrá escandalizado tal vez á algunos espíritus apocados. He hablado de Internacional católica, y no vacilo en repetir la expresión. Nada tiene que ver esta Internacional, lector amantísimo, con la demagogia negra ó blanca que á todas horas nos echan en cara cierta clase de periódicos. Para alcanzar en gran parte la observancia debida de los días festivos, la Internacional católica que imagino yo, sería la cosa más inofensiva y más legal,

y más pacífica y más cristiana, y al mismo tiempo... te lo aseguro de veras, la más eficaz.

Nadie se asuste. El maldito petróleo no entrará poco ni mucho en mi receta. El Catolicismo no recomienda tales ingredientes.

Podríase formar para esto, y se ha formado ya en algunos puntos, una federación ó liga de católicos, decididos á practicar y hacer practicar la observancia del descanso dominical.

He dicho practicar y hacer practicar; y ahora cambio un poco esta última expresión, que aún me parece poco fuerte, y digo, *practicar y obligar á practicar*.

Lo primero es fácil. ¿Qué razón principal detiene á nuestros católicos (tenderos y comerciantes sobre todo) para que no cierren en el domingo sus establecimientos? Claro está. La

de que si es uno solo ó son muy pocos los que descansen, éstos van á quedar lamentablemente perjudicados en sus intereses, pues mientras ellos cumplirán la ley Dios, harán su buen agosto los otros menos escrupulosos. No es gran razón esta razón de codicia, pero pasémosla por poderosa. Reúnanse, pues, los que sean de una misma profesión, avénganse a descansar todos el día festivo, impónganse á sí propios una buena multa en caso de infracción, y queda arreglado el asunto, sin perjuicio de los intereses de nadie, con grande aumento de los intereses de Dios y de la moral, y con no poca complacencia de los mismos amos y dependientes, á quienes no ha de pesar de fijo eso de poder contar de vez en cuando con un día libre, enteramente libre de la cadena del despacho y del mostrador. Sería esta una ganga para todos. ¿Es verdad ó no?

Si esto es muy llano, no lo parecerá tanto lo segundo. No obstante, para mí lo es más que lo primero, y á esto doy con más propiedad el nombre de *Internacional católica*, destinada á obligar á que se guarde el día festivo.

—¿Cómo?

—Copiando para el bien los procedimientos que la otra Internacional aplica para sus diabólicos fines.

—Pero esto es maquiavélico. El fin no justifica los medios.

—Cierto, cuando los medios necesitan quien los justifique. Pero los medios que yo voy á proponer no son malos en sí, por más que para malos fines los emplee la secta antisocial y atea. El procedimiento que voy á recomendar es como la espada, arma mala en manos de un asesino, arma noble y légitima en manos de un defensor de la Religión y de la patria.

—Pues bien; sacadme de dudas, ¿cuál es?

—Pues bien; sabedlo, y no os escandalicéis: es la *huelga*.

—Explicaos, explicaos, por Dios, que de eso al petróleo no hay dos pasos de distancia.

Sí, amigo mío, sí; me explicaré, y veréis que distan tanto entre sí como el cielo de la tierra. Escuchadme bien.

Los católicos firmes y decididos, y determinados á hacer algo por nuestra Religión somos aún muchos, ¿no es verdad? Sobre todo si este *algo* no cuesta grandes sacrificios, ¿he? Sí, somos muchos aún, y si no lo lo creemos así, es porque no nos tomamos la pena de contarnos. Además, los católicos, que somos muchos aún, gracias á Dios, somos también consumidores, es decir, que gastamos como todo el mundo nuestros buenos cuartos en las

tiendas y comercios, pues necesitamos tela para nuestros vestidos, adornos para nuestras casas y templos, calzado para nuestros piés, sombrero ó gorra para nuestra cabeza, etc., etc. Ahora bien. Nosotros los católicos podríamos y deberíamos reunirnos en liga ó federación, no sólo para no trabajar ni vender en día festivo, sí que igualmente para no comprar por valor de un céntimo en tal día, y aún más, para obligarnos á no dar un céntimo de ganancia á los que supiésemos que no lo observan como nosotros. Lo dicho. Declarаrnos en verdadera huelga con respecto á los profanadores del día del Señor. Os lo aseguro. La codicia les indujo á violar la Religión, la misma codicia les obligaría, mal de su grado, á respetar su mandamiento.

Caso práctico. Soy elegante, ó no lo soy, y necesito como cada hijo de ve-

cino un pantalón ó una chaqueta. Hay á dos puertas de mi casa un sastre de quien sé que trabaja todos los días festivos y obliga á trabajar á sus dependientes. No pondré mis piés en el bazar de este sastre. Lo prometo y lo cumpliré. Será mi sastre aquel otro que se avino á formar parte de nuestra federación, y se comprometió á observar rigurosamente el día festivo.

¿Quién puede poner tacha á mi conducta en este caso? Quito mi protección, que es muy libre, á un conculcador de mi Religión, y se la otorgo á otro que me ha prometido respetarla. Soy justo, y la huelga en que me declaro contra el profanador es muy lícita, muy pacífica, muy legal y nada expuesta á perturbaciones del orden.

Ahora bien. Generalizad este procedimiento tan sencillo. Suponed formada una Sociedad de algunos miles de

católicos en una población, acordes todos en no dar cada uno ni un céntimo de ganancia á quien no se abstenga del trabajo en día festivo, é imaginad el efecto magnífico de esta huelga católica general. Las señoras, que tanto dan que hacer á la modista; las señoras, por regla general más piadosas, vean qué santos efectos produciría una medida de esta naturaleza para castigar á la modista profanadora, y alentar á la modista cristiana. Discúrralo cada uno, desde el humilde menestral que necesita alpargatas, hasta el refinado caballerete que gasta charol; discúrranlo ante Dios, y si son católicos de veras, díganme en conclusión, puesta la mano en el pecho: ¿No es posible emplear este remedio? ¿No es fácil? Consúltelo cada cual con su conciencia.

A. M. D. G.